

De la intimidad a la crisis colectiva. La sociología estructural de las emociones en Eva Illouz

From Intimacy to Collective Crisis. Eva Illouz's Structural Sociology of Emotions

Mauro Basaure*

Universidad Andrés Bello. Santiago de Chile, Chile

mauro.basaure@gmail.com

ORCID: 0000-0003-4111-2474

Borja Castro-Serrano

Universidad Andrés Bello. Santiago de Chile, Chile

francisco.castro@unab.cl

ORCID: 0000-0001-7422-3205

Stéphanie Alenda

Universidad Andrés Bello. Santiago de Chile, Chile

salenda@unab.cl

ORCID: 0000-0003-0185-7615

Citar como: Basaure, M. *et al.* (2026). De la intimidad a la crisis colectiva. La sociología estructural de las emociones en Eva Illouz. *Desde el Sur*, 18(4), e0097.

RESUMEN

Eva Illouz edifica una sociología estructural de las emociones que combina economía política, teoría de los campos y genealogía del poder para explicar cómo el capitalismo avanzado produce, gobierna y estratifica la vida afectiva. El objetivo del artículo es reconstruir la lógica interna que enlaza sus libros, de 1997 a 2026, para proponer una lectura sistemática de ese corpus. Metodológicamente, se cartografiaron cinco etapas de su trayectoria —del amor consumista al resentimiento populista— y se identificaron los siguientes resultados: cuatro continuidades analíticas (racionalización afectiva, articulación estructura-cultura-subjetividad, historicidad y crítica al psicologismo), así como varios desplazamientos que amplían el objeto sin romper su coherencia. La infraestructura teórica se basa en conceptos como capitalismo emocional, capitales afectivos y negatividad sin síntesis. Se concluye que

* Autor corresponsal: Mauro Basaure, Universidad Andrés Bello. Santiago de Chile, Chile. Correo: mauro.basaure@gmail.com

las emociones operan simultáneamente como engranaje de dominación y sismógrafo de las fracturas del capitalismo tardío, ya que ofrecen una comprensión de la crisis afectiva de las democracias liberales sin excluir la realidad latinoamericana.

PALABRAS CLAVE

Capitalismo, sociología política, sociología cultural, plataforma digital, afectividad, democracia

ABSTRACT

Eva Illouz develops a structural sociology of emotions that integrates political economy, field theory, and a genealogy of power to explain how advanced capitalism produces, governs, and stratifies affective life. This article reconstructs the internal logic linking her major works from 1997 to 2024, offering a systematic reading of her intellectual trajectory. Methodologically, it maps five stages—from consumerist love to populist resentment—and identifies four enduring analytical continuities: affective rationalization; the articulation of structure, culture, and subjectivity; historicity; and a sustained critique of psychologism. It also traces key theoretical shifts that expand the object of analysis without compromising conceptual coherence. Grounded in concepts such as emotional capitalism, affective capital, and negativity without synthesis, the article concludes that emotions function simultaneously as mechanisms of domination and as indicators of the structural fractures of late capitalism, providing a critical account of the affective crisis of liberal democracies that does not exclude the Latin American experience.

KEYWORDS

Capitalism, political sociology, cultural sociology, digital platforms, emotions, democracy

I. Introducción

En menos de tres décadas Eva Illouz ha edificado un programa de investigación que reconfigura la agenda de la sociología de las emociones. Frente a la noción heredada de que el afecto pertenecería a la esfera privada y, por ende, escaparía a la explicación estructural, su obra muestra que el amor, el sufrimiento, la felicidad o el resentimiento son dispositivos

históricos, normados e institucionalizados. Cada uno de sus libros narra, desde un ángulo empírico diferente, el mismo desplazamiento: la modernidad capitalista no solo racionaliza la producción y el derecho, sino también la vida sensible, al incorporar los afectos a los circuitos de mercado, las tecnologías de gobierno y las gramáticas políticas (Illouz, 1997, 2003, 2006, 2008, 2012, 2014, 2017, 2019, 2023, 2026; Cabanas e Illouz, 2019; Kaplan e Illouz, 2022)¹.

A finales del siglo XX, el estudio sociológico de las emociones se vio atravesado por el llamado «giro afectivo», que desplazó la atención desde una psicología de estados internos hacia una comprensión de los afectos como prácticas sociales y culturales irreducibles a lo meramente intrapsíquico (Clough y Halley, 2007). En este marco, diversos diagnósticos de la modernidad tardía han subrayado la salida de lo emocional del ámbito privado y su circulación por el trabajo, el consumo y la cultura pública: desde la expansión de una «cultura terapéutica» que normaliza lenguajes de vulnerabilidad y autooptimización (Furedi, 2004) hasta la consolidación de una industria del bienestar y la felicidad que traduce estados anímicos en métricas, mercancías y técnicas de gobierno (Davies, 2016). Este artículo se inscribe en esa discusión general, asumiendo —con la literatura reciente sobre capitalismo emocional— que la centralidad contemporánea de lo afectivo es inseparable de transformaciones productivas e institucionales propias del capitalismo avanzado (Tocino, 2023a).

Ubicada en esta constelación, la contribución de Eva Illouz puede leerse en diálogo con líneas influyentes del campo que han explorado la imbricación entre capitalismo y afectos. Por un lado, la noción de «trabajo emocional» elaborada por Hochschild permite comprender cómo las organizaciones regulan y comercializan disposiciones afectivas en ocupaciones de servicio, al abrir el problema de la mercantilización del sentir (Hochschild, 1983). Por otro, los análisis recientes de la «psicopolítica» han enfatizado la reconfiguración de las tecnologías de poder en el neoliberalismo, incluyendo la captura de la subjetividad mediante dispositivos de rendimiento (Han, 2017). En convergencia con estas perspectivas, Illouz contribuye específicamente al análisis no psicologista de la vida emocional, al mostrar la coproducción entre economía, cultura y subjetividad: los afectos se institucionalizan en estilos emocionales (por ejemplo, el estilo terapéutico) y, a través de ellos, se gobiernan, estratifican y disputan

1 Todas las citas de Eva Illouz han sido traducidas por los autores a partir de las ediciones en lengua inglesa referenciadas.

las formas de vida en el capitalismo contemporáneo (Illouz, 2006; Tocino, 2023a).

Aunque los objetos empíricos privilegiados por Illouz remiten mayoritariamente a contextos euroatlánticos, la reconstrucción de su programa no se agota en ese marco. En América Latina, los estudios sobre afectos, emociones y cultura han consolidado un campo propio que interroga la politicidad del sentir, el sufrimiento social y las economías morales de la vida pública, aun cuando la recepción sistemática de la obra de Illouz en la región sea todavía fragmentaria y escasamente documentada (Moraña y Sánchez, 2012; López y Enríquez, 2023). En el contexto español, María Tocino (2023a) ha realizado un trabajo de presentación bien logrado de la obra de Illouz, pero permanece como excepción. Precisamente por ello, una reconstrucción panorámica y analítica de su obra resulta pertinente como marco de mecanismos —y no como modelo de aplicación directa— para investigaciones situadas, en diálogo con agendas regionales que examinan la relación entre afectos, poder y conflicto desde trayectorias históricas y configuraciones institucionales específicas (Tocino, 2023a).

El presente artículo persigue un doble objetivo. Por un lado, reconstruir la lógica interna que enlaza sus libros, publicados entre 1997 y 2026. Por otro, proponer una lectura sistemática de ese *corpus* que ilumine y pueda sostener tres dimensiones: las continuidades que proporcionan coherencia teórica y metodológica al proyecto; los desplazamientos que permiten a la autora ampliar su campo empírico y profundizar su crítica; y, por último, la estructura teórico-sociológica fundamental que sostiene su concepción de las emociones como formas sociales estructuradas.

Se sostendrá que, pese a la diversidad de objetos —desde el romance cinematográfico y novelesco hasta la ira populista— Illouz conserva una arquitectura analítica estable, compuesta por la articulación entre economía política, sociología de la práctica y genealogía del poder. Al interior de este marco, la autora puede describir la emoción como «hecho social total», para decirlo en palabras de Marcel Mauss: un cruce de estructuras económicas, dispositivos culturales y *habitus* corporales que reproduce desigualdades y, al mismo tiempo, abre fisuras críticas en la modernidad afectiva del capitalismo tardío en su dimensión neoliberal (Portevin, 2019).

La recepción académica, aun en su pluralidad, converge en señalar que el hilo conductor del pensamiento de Illouz ha sido su preocupación por las transformaciones de la cultura emocional en el último siglo y medio (Tocino, 2023b). En este contexto, no hay dudas en reconocer

cuatro aportes decisivos de este programa: la crítica a la racionalización emocional, visible desde la «utopía romántica» hasta la «happycracia», que muestra cómo el capitalismo coloniza la vida íntima (Illouz, 1997, 2017); la demostración de que las emociones son construcciones histórico-culturales, mediadas por la psicología popular y la industria cultural (Illouz, 2003, 2008); la denuncia del neoliberalismo afectivo, donde la autoayuda privatiza el malestar y oculta las raíces estructurales del sufrimiento (Illouz, 2006, 2012); y la hibridación disciplinaria que integra teoría crítica, sociología cultural y estudios de género en una crítica de la modernidad tardía (Cabanas e Illouz, 2019).

En diálogo con esos consensos, este artículo organiza su argumentación en dos secciones principales. En la primera se hace una descripción metodológica del modo en que se usará la obra de Illouz. Se cartografía el *corpus* y periodizan cinco etapas que van del amor consumista al conflicto político, mostrando cómo cada fase amplía la escala de análisis. La segunda sección desentraña algunos resultados precisos: se establecen las continuidades —racionalización afectiva, articulación estructura-cultura-subjetividad, historicidad radical y crítica al psicologismo— que estabilizan el programa. Se examinan los desplazamientos temáticos y conceptuales que llevan a Illouz de la intimidad al resentimiento colectivo, del consumo a la regulación institucional y de la descripción a la crítica normativa. Por último, se muestra una sistematización de la infraestructura teórica que articula economía política, capitales afectivos y dispositivos de subjetivación, que sin duda se transforman en una propuesta de teoría general de la modernidad afectiva.

Se concluye que el hilo conductor que emerge de esta reconstrucción es el siguiente: las emociones son tecnologías sociales que median la reproducción y la contestación del orden contemporáneo. Al iluminar cómo el capitalismo avanzado produce y gobierna la vida sensible —y cómo, en su fracaso, engendra negatividad y conflicto—, la obra de Illouz ofrece una de las teorías más potentes para pensar la crisis afectiva de las sociedades modernas y sus democracias. De ahí la relevancia de examinarla con detalle, no solo como aportación a la sociología de las emociones, sino como prisma desde el cual interrogar la condición moderna en su zona más íntima y, a la vez, más política.

Hasta donde alcanza la bibliografía secundaria revisada, predominan lecturas parciales (centradas en un libro, un concepto o un problema); este artículo ofrece, en cambio, una reconstrucción panorámica y a la vez analítica de la coherencia interna del programa de Illouz. Más allá del mapeo, su aporte es triple: estabiliza una matriz estructura-cultura-subjetividad para explicar cómo el capitalismo produce, gobierna y estratifica la

vida afectiva; explicita el desplazamiento de escala que organiza el corpus —intimidad, instituciones y política— sin perder unidad teórica; y, por último, propone la negatividad sin síntesis como concepto-límite para captar afectos no integrables por los dispositivos contemporáneos y, por ello, decisivos para comprender la crisis normativa y el conflicto democrático.

II. Metodología

II.1. Cartografía de una obra

«Entrecruzando literatura e historia, intento extraer una suerte de cartografía de la vida emocional», señala Eva Illouz en una entrevista (Portevin, 2019, p. 81). Lo anterior se plasma, sin duda, en la trayectoria intelectual desplegada por Illouz a lo largo de casi treinta años —desde finales del siglo XX hasta la actualidad— en una docena de libros que, en conjunto, articulan un mismo proyecto: comprender cómo las emociones —lejos de pertenecer al reducto privado— se hallan densamente imbricadas en las estructuras económicas, culturales y políticas de la modernidad.

El corpus analizado está compuesto por los libros publicados por Eva Illouz entre 1997 y 2026, desde *Consuming the Romantic Utopia hasta Explosive Emotions*, que corresponden a su primer y último libro respectivamente. El límite temporal del corpus, en este sentido, está dado por el inicio y el borde más actual de su obra.

Los principales desarrollos teóricos de la autora —en particular sus conceptualizaciones sobre capitalismo emocional, cultura terapéutica, amor moderno, capitales afectivos, negatividad relacional y crisis normativa de la modernidad— han sido formulados de manera sistemática en el formato libro, que constituye el soporte central de su producción intelectual. Los artículos y capítulos en volúmenes colectivos, si bien relevantes, tienden a desarrollar, aplicar o precisar argumentos ya expuestos en esas obras monográficas y no alteran la arquitectura general del programa aquí reconstruido, razón por la cual no fueron incluidos en el corpus principal. Aunque no siempre se trataba de la lengua de la publicación, por razones de consistencia conceptual y comparabilidad terminológica, el análisis se realizó a partir de ediciones en lengua inglesa. Todas las citas fueron traducidas al castellano por los autores, lo que se indica cuando corresponde, y se adoptó un criterio terminológico uniforme a lo largo del texto.

Ese proyecto adopta la forma de una investigación progresiva que puede periodizarse en cinco planos que se van concatenando cartográficamente. Cada uno de ellos está marcado por notables continuidades teóricas y metodológicas, pero también por desplazamientos conceptuales y

empíricos. Buscando establecer diferencias entre cada periodo, y sin ninguna posibilidad de ser exhaustivos en la presentación de las ideas centrales de cada libro, se propone un mapa de periodización para marcar las cinco etapas que exponen a continuación. Este procedimiento metodológico permite aproximarse a las continuidades y desplazamientos en la obra de Illouz, para señalar los hilos de una propuesta de teoría general de la modernidad afectiva.

La demarcación de las cinco etapas no se basa en impresiones generales, sino en un criterio uniforme que combina: (i) giro empírico dominante (cambio del objeto privilegiado); (ii) giro conceptual (emergencia/centralidad de categorías que reorganizan el diagnóstico); y (iii) cambio de escala analítica (de cultura íntima mediada a mercados, instituciones y macropolítica). Cuando una obra funciona como «bisagra», se la asigna a la etapa cuya pregunta rectora y operador conceptual resultan predominantes. A continuación se sintetiza la aplicación de estos criterios al corpus completo (1997-2026). Periodización en cinco etapas: 1) Intimidad mediada por cultura de consumo (1997-2003): cultura de masas (cine, publicidad, *talk show*) como mediación del romance y el sufrimiento; predominan racionalización afectiva y ethos terapéutico en clave cultural (*Consuming...*, *Oprah...*); 2) Capitalismo emocional y cultura terapéutica (2006-2008): trabajo/familia/terapia como infraestructura de gestión; centralidad de «capitalismo emocional», competencia emocional y experticias terapéuticas (*Cold Intimacies*, *Saving...*); 3) Mercados íntimos y negatividad relacional (2012-2019): desregulación del emparejamiento y disolución del vínculo; sufrimiento amoroso estructural, capital erótico como antecedente descriptivo, y «relaciones negativas» (*Why Love Hurts*, *Hard-Core Romance*, *The End of Love*); 4) Institucionalización ampliada y capitales afectivo-corporales (2017-2024): emociones como mercancías/métricas (bienestar, *coaching*, dispositivos), «happycracia» y formalización del capital sexual (*Emotions as Commodities*, *Manufacturing Happy Citizens*, *What is Sexual Capital?*); 5) Macropolítica y crisis afectiva de la democracia (2023-2026): afectos como vectores de conflicto (miedo/asco/resentimiento/amor) y excedente afectivo no integrable («negatividad sin síntesis») en la crisis normativa (*The Emotional Life of Populism*, *Explosive Emotions*).

Para facilitar la lectura comparada del programa, usamos operadores conceptuales buscando identificar su función analítica. Estos son: Racionalización afectiva: administración/cálculo del sentir mediante formatos culturales y lenguajes expertos; atraviesa el arco completo, con énfasis en etapas 1-2; Articulación estructura-cultura-subjetividad: regla de lectura transversal que conecta mercado/instituciones, gramáticas culturales y experiencias encarnadas; vertebrada la reconstrucción del

corpus; Capitalismo emocional: co-moldeamiento entre prácticas económicas y emocionales; núcleo de la etapa 2 y puente hacia la estratificación afectiva; Cultura terapéutica: traducción experta del malestar en narrativas del yo y técnicas de autogestión; clave en etapas 1-2 y reactivada en etapa 4; Emociones como mercancías / métricas: mercantilización y medición institucional de afectos (bienestar, coaching, dispositivos); etapa 4; Happycracia: normativización de la felicidad como deber y KPI moral; etapa 4 (*Manufacturing...*); Capital emocional: competencias/disposiciones afectivas valorizables y convertibles (sobre todo en contextos laborales/organizacionales); se consolida en etapa 2; Capital erótico (antecedente) / capital sexual (formalización): valor social del atractivo y saber erótico en mercados íntimos (etapa 3), formalizado luego como capital sexual con acumulación y convertibilidad más allá de lo íntimo (etapa 4); Relaciones negativas: forma estructurada de disolución del vínculo (prerrogativa de desvincularse); etapa 3 (*The End of Love*); Vida emocional del populismo: matriz afectiva que erosiona mediaciones democráticas; etapa 5; Negatividad sin síntesis: excedente afectivo producido por la modernidad tardía que no se integra en relatos normativos estables; etapa 5.

II.2. Corpus y etapas de la obra

La primera etapa se inaugura con *Consuming the Romantic Utopia* (Illouz, 1997). En este libro, la autora demuestra que el amor romántico no es una esfera de autenticidad inmune al mercado, sino un dispositivo cultural que legitima y reproduce las transformaciones del capitalismo de masas: «El amor romántico es un ámbito colectivo dentro del cual se ponen en juego las divisiones sociales y las contradicciones culturales del capitalismo» (Illouz, 1997, p. 2). La publicidad, el cine y la cultura de consumo modelan la «utopía romántica» al convertir la intimidad en práctica estéticamente codificada y socialmente estratificada. La «constante representación del romance en el cine y la publicidad situó en el centro de la cultura [...] un “espectáculo del relato romántico”» (Illouz, 1997, p. 42).

Seis años después, *Oprah Winfrey and the Glamour of Misery* (Illouz, 2003) amplía el foco desde el consumo romántico hacia la dramaturgia televisiva del sufrimiento. El *talk show* de Winfrey se analiza como tecnología cultural que institucionaliza el dolor psíquico y populariza una moral terapéutica basada en la confesión y la redención pública. «El *ethos* terapéutico impulsa a concebir la vida en términos de sufrimiento, porque el dolor provee la base sobre la cual los psicólogos pueden legitimar su saber y construir narrativas de la subjetividad» (Illouz, 2003, p. 118). Ambos

textos comparten una misma premisa: los medios de masas no reflejan emociones «preexistentes», sino que producen repertorios afectivos que, al circular, organizan la vida social.

El consumo oblicuo [...] ilustra cómo las actividades de ocio fueron profundamente fetichizadas por el aura romántica proyectada sobre tantas otras mercancías: a través del romance, los actos de consumo se multiplican de manera invisible y se afirman de modo redundante (Illouz, 1997, p. 38).

En una segunda etapa —compuesta por *Cold Intimacies* (Illouz, 2006) y *Saving the Modern Soul* (Illouz, 2008)— la autora franco-israelí desarrolla el concepto de «capitalismo emocional»². Frente a la tradicional oposición, propia de la sociología clásica, sobre todo weberiana, entre racionalización económica y expresividad afectiva, Illouz sostiene que el capitalismo tardío valora y rentabiliza las emociones, tanto en la empresa como en la familia.

El capitalismo emocional es una cultura en la que los discursos y las prácticas emocionales y económicas se moldean mutuamente, produciendo así lo que considero un amplio y arrollador movimiento en el cual el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional —especialmente la de las clases medias— sigue la lógica de las relaciones y del intercambio económico (Illouz, 2006, p. 14).

Las psicologías del *self-help*, la inteligencia emocional y las terapias de pareja, entre otros dispositivos, no serían, pues, meras modas, sino engranajes de una racionalidad de gobierno que redefine la subjetividad en clave de competencia afectiva.

La cultura terapéutica de la autoayuda es un aspecto informal y casi inacabado de nuestra experiencia social, pero al mismo tiempo constituye un esquema cultural profundamente interiorizado que organiza la percepción de uno mismo y de los otros, la autobiografía y la interacción interpersonal (Illouz, 2008, p. 156).

A la vez, la intimidad conyugal se ve sometida a una 'tiranía comunicativa': el vínculo amoroso debe gestionarse mediante protocolos de

2 Es atractivo un libro reciente en donde se trabaja en mayor detalle la noción de «capitalismo emocional» de Illouz (Tocino, 2023a, p. 209). La primera parte del trabajo tematiza la conjunción entre emociones y cultura terapéutica, lo que es ilustrativo para la etapa descrita. No obstante, también se hace atractiva una crítica que Tocino le hace a Illouz indicando la necesidad de pasar de una sociología descriptiva hacia un análisis de orden filosófico-crítico respecto a la cuestión del capitalismo emocional.

verbalización y autoanálisis que convierten a los individuos en administradores de su propio rendimiento emocional (Tocino, 2023a).

El tránsito a la tercera etapa se produce con *Why Love Hurts* (Illouz, 2012). Este libro replantea el sufrimiento amoroso como hecho social moderno. Ya no duele el amor por la represión, como afirmaban las lecturas psicoanalíticas, sino por la desregulación de los mercados del emparejamiento: abundancia de opciones, fetichización del capital erótico, psicologización de la elección y asimetrías de género configuran una ecología afectiva que privilegia la ambivalencia y la fobia al compromiso.

Los poderosos condicionamientos institucionales configuran nuestras experiencias, y sin embargo los individuos lidian con ellos a partir de los recursos psíquicos que han acumulado a lo largo de su trayectoria social. Es este doble aspecto de las experiencias sociales modernas —situadas entre lo institucional y lo psíquico— el que deseo documentar en relación con el amor y los sufrimientos amorosos (Illouz, 2012, p. 15).

De este modo, la esfera del amor y de lo romántico puede ser interrogada como parte de la estructura económica y de la dimensión política (Gregoratto, 2020), lo que configura un nuevo paisaje para comprender el estado del amor romántico en las sociedades contemporáneas, donde incluso se transforman sus lógicas temporales, pues se produce una desconexión entre emocionalidad y compromiso (Carter y Smith, 2025; Caiazzo, 2022). En esa dirección, Illouz observa con precisión que: «la naturaleza de la voluntad romántica ha cambiado y que su rasgo característico es la desconexión entre la experiencia emocional/sexual y el compromiso» (Illouz, 2012, p. 98).

En esta etapa, la negatividad relacional adquiere matices adicionales en *Hard-Core Romance* (Illouz, 2014), donde el fenómeno mediático de *Fifty Shades of Grey* se explora como síntoma cultural: el éxito mundial de la saga revela la coexistencia —y el choque— entre ideales igualitarios y fantasías de dominación sexual.

Más que en el caso de los hombres, la sexualidad de las mujeres modernas ha quedado atrapada en las tensiones entre la libertad sexual y la estructura social tradicional de la familia, entre el deseo de placer individual y el mandato de cumplir con los deberes de una unidad doméstica (Illouz, 2014, p. 36).

Finalmente, *The End of Love* (Illouz, 2019) introduce la categoría de «relaciones negativas» para describir vínculos definibles ante todo por el derecho a terminar y a no involucrarse:

La libertad de cada uno se ejerce de manera incesante mediante el derecho a no involucrarse o a desvincularse de las relaciones, un proceso que podemos llamar la «elección de des-elegir» (*choice to unchoice*): la posibilidad de salir de las relaciones en cualquier etapa (Illouz, 2019, p. 21).

En la vida moderna el objeto crucial de análisis, más que el lazo y su forma, es el modo en que los lazos se disuelven, entendiendo que esa disolución es una forma social estructurada al modo de una prerrogativa personal.

Una cuarta etapa se orienta a la institucionalización ampliada de las emociones. En *Emotions as Commodities* (Illouz, 2017), la autora rescata la noción de *emodity/emodities*, la cual rastrea la mercantilización de los afectos en mercados organizados: aplicaciones de bienestar, *coaching* corporativo y biometría afectiva transforman las emociones en insumos objetivables y rentables.

El giro conceptual planteado en este libro consiste en afirmar que las emociones no son simplemente componentes de la estructura motivacional del consumidor ni un conjunto de significados adjuntos «cargados en» otros bienes, sino que son también —y de manera más significativa— auténticas mercancías en sí mismas (Illouz, 2017, p. 16).

Con Edgar Cabanas publica *Manufacturing Happy Citizens* (2019), en donde se realiza un examen crítico de la «happycracia»: la industria de la felicidad positiva y los índices de bienestar subjetivo desplazan la responsabilidad del malestar hacia el individuo, alineando la agenda emocional con el imperativo neoliberal de autosuficiencia.

Este libro no es en contra de la felicidad, sino contra la visión reduccionista —aunque ampliamente difundida— de la «buena vida» que predica la ciencia de la felicidad. Ayudar a las personas a sentirse mejor es una intención loable. Eso, en realidad, no hace falta decirlo. Pero, a la luz de lo que la ciencia de la felicidad ofrece en este sentido, no estamos tan seguros de que su idea de felicidad no carezca de serias limitaciones, afirmaciones controvertidas, resultados contradictorios y consecuencias negativas (Cabanas e Illouz, 2019, p. 14).

El hilo de esta etapa culmina —hasta ahora— en *What is Sexual Capital?* (Kaplan e Illouz, 2022), donde el capital erótico se teoriza como activo convertible que refuerza la estratificación de clase y redefine la sexualidad como recurso económico.

El capital sexual neoliberal [...] designa el hecho de que, para muchas personas, cierta recreación sexual puede traducirse en una sensación de competencia social, autoeficacia y autoaprecio que, a su vez, puede alimentar una disposición proactiva y emprendedora buscada por los empleadores (Kaplan e Illouz, 2022, pp. 44-45).

«Las experiencias sexuales en la esfera privada se vuelven útiles en la esfera de la producción no como trabajo sexual, sino en contextos profesionales completamente “normales”» (Kaplan e Illouz, 2022, pp. 57-58).

Por último, la quinta etapa sitúa la mirada en la esfera macropolítica. *The Emotional Life of Populism* (Illouz, 2023) argumenta que los movimientos populistas operan mediante la ingeniería de estructuras emocionales —miedo, resentimiento, asco y amor nacional— que reconfiguran el *habitus* de las democracias liberales.

La mezcla de estas emociones forma la matriz del populismo porque generan antagonismo entre grupos sociales dentro de la sociedad y alienación de las instituciones que salvaguardan la democracia, y porque en muchos aspectos son ajenas a lo que podríamos llamar la realidad (Illouz, 2023, p. 173).

En paralelo, *Explosive Emotions* (Illouz, 2026) diagnostica un malestar estructural caracterizado por la implosión de la intimidad y la explosión pública de afectos, síntoma de la disolución de la esperanza bajo el capitalismo tardío.

El malestar surge cuando demasiadas emociones indeseadas nos desbordan, cuando nuestras explicaciones convencionales de esas emociones ya no nos satisfacen, cuando esas emociones perjudican nuestro sentido de autoestima, cuando son suscitadas por factores que no podemos controlar y a menudo ni siquiera identificar, cuando ya no disponemos de un lugar propio en el que refugiarnos de las humillaciones que el mundo nos inflige (Illouz, 2026, p. 11).

Aquí la sociología de las emociones deviene sociología política: las emociones se revelan como vectores de conflicto y fragmentación normativa (Poder y Persson, 2023).

III. Resultados

A lo largo de las etapas que se señalan al realizar la cartografía conceptual de la obra de Illouz, destacan los siguientes elementos. Por un lado, se advierten continuidades metodológicas que también enlazan puntos teóricos, tales como: la combinación de genealogía histórica y análisis cultural; el recurso a material empírico heterogéneo —entrevistas, imágenes, *talk shows*, estadísticas, *best-sellers*—; el diálogo permanente con la teoría crítica, el feminismo y la sociología bourdieusiana de la

práctica. Por otro lado, también se sugiere un desplazamiento temático: del amor y el sufrimiento íntimo al examen de la felicidad, la sexualidad y, finalmente, la política afectiva. No obstante, lo que resulta atractivo en esta tensión continuidad-desplazamiento es que el supuesto axial permanece: las emociones son tecnologías sociales que median tanto la reproducción de la desigualdad como la legitimación —o la contestación— del orden contemporáneo. Así, el corpus integral de Illouz ofrece una sociología estructural de las emociones que va «de la intimidad al conflicto social», mostrando que los afectos no solo expresan la vida moderna, sino que participan activamente en su configuración. Para sustentar este supuesto axial señalado desde el inicio, hay que explorar en detalle estas continuidades y desplazamientos.

Leída en clave comparativa, la arquitectura analítica reconstruida permite pensar una transferencia controlada del programa de Illouz hacia América Latina: no como traslación mecánica, sino como explicitación de las condiciones bajo las cuales sus hipótesis variarían. En este sentido, trabajos que utilizan a Illouz para analizar sufrimiento social, trauma y esfera pública en contextos latinoamericanos muestran la productividad de concebir las emociones como fenómenos culturalmente codificados y socialmente mediados, sin reducirlos a interioridad psicológica (Polit, 2023). Al mismo tiempo, compilaciones regionales sobre afectos e identidades políticas subrayan que variables como desigualdad estructural, precariedad institucional y memorias de violencia reconfiguran los modos en que la mercantilización del sentir y la negatividad emocional se articulan en la región, delimitando así un espacio empírico idóneo para contrastar —y eventualmente reformular— los supuestos del modelo illouziano (Moraña y Sánchez, 2012; López y Enríquez, 2023).

III.1. Continuidades teóricas y metodológicas

Desde que Eva Illouz publicó *Consuming the Romantic Utopia* hasta sus recientes reflexiones en *Explosive Emotions*, su proyecto intelectual se ha sostenido sobre una intuición que nunca abandona: las emociones son formaciones históricas; actúan como engranajes de la reproducción social y, al mismo tiempo, como recursos simbólicos que permiten a los actores interrogar —y a veces poner en cuestión— el orden vigente (Illouz, 1997, 2026). A lo largo de sus libros, la socióloga demuestra, con notable coherencia, que el amor, el sufrimiento, la felicidad o el resentimiento no brotan de una naturaleza íntima e individual, sino de ensamblajes institucionales que articulan mercado, cultura y subjetividad. Ese hilo conductor se visibiliza con especial nitidez en cuatro continuidades que atraviesan toda su producción.

La primera reside en su forma de entender la racionalización afectiva. Illouz describe cómo dispositivos tan diversos como la publicidad cinematográfica de principios del siglo XX, las narrativas terapéuticas televisivas o los algoritmos de las *apps* de citas miden, clasifican y administran los afectos con una lógica de eficiencia que no cancela la pasión, sino que la organiza y la pone a producir valor cultural y económico (Illouz, 1997, 2003, 2012). «Las revistas femeninas revelan que el discurso romántico ha atravesado el mismo proceso de racionalización cognitiva y práctica que Weber consideraba característico de la lógica cultural del capitalismo» (Illouz, 1997, p. 204). Esa racionalidad emocional aparece tanto en la estetización del romance —el perfume que promete autenticidad amorosa— como en la «competencia emocional» exigida por el management contemporáneo (Illouz, 2008) y en la «felicidad obligatoria» convertida en métrica de gobernanza corporativa (Illouz, 2017). Por ello es que Cabanas e Illouz señalan enfáticamente que «la psicología positiva ha canalizado un proceso cultural organizacional en el que la felicidad se ha ido estableciendo progresivamente como la *conditio sine qua non* para prosperar en la esfera laboral actual» (2019, p. 145).

La segunda continuidad es su insistencia en la articulación crítica entre estructura, cultura y experiencia subjetiva. Cada uno de sus casos empíricos verifica la misma operación analítica: vincular transformaciones macro —la desregulación de los mercados íntimos, la financiarización del bienestar, la crisis de representación política, entre otros— con códigos culturales que moldean la imaginación afectiva y con vivencias subjetivas que metabolizan ese entrelazamiento.

Oprah Winfrey es una poderosa ilustración del hecho de que la cultura no constituye el trasfondo de la acción ni su denso contexto. Más bien, es el recurso mismo que los actores configuran, utilizan e invocan continuamente para moldear y transformar sus vidas (Illouz, 2003, p. 240).

Bajo esta lógica, el dolor amoroso no se explica por carencias intrapsíquicas, sino por un mercado del emparejamiento que ofrece sobreabundancia de opciones y, con ello, genera ansiedad e inestabilidad (Illouz, 2012), produciendo una matriz subjetiva a través del consumo que ilustra una «hipersubjetivación» saturada de pura intimidad (Chow y Sarfan, 2022). Del mismo modo, el populista se entiende como una respuesta emocional a una fragmentación y al mismo tiempo una reconfiguración normativa común. Por ello es que

a cada emoción —el miedo, el asco, el resentimiento y el amor por la nación—, se las debería entender como un grupo compacto. En la

vida social real, se entremezclan entre sí y, de hecho, pueden formar una única narrativa compuesta por múltiples hilos (Illouz, 2023, p. 29).

Una tercera línea de continuidad es la historicidad radical de las emociones. Ninguna categoría afectiva —ni el amor romántico, ni la felicidad, ni la tristeza mediada— se presenta en su obra como dato natural. Por el contrario, Illouz reconstruye genealogías que muestran cómo dispositivos concretos (la cultura de masas, la psicología popular, el *marketing* digital) fabrican repertorios emocionales y los distribuyen de manera desigual según clase y género.

La cultura es, por lo tanto, una cuestión de significados compartidos, pero no solo eso: también es una de las formas en que se mantienen y reproducen la exclusión, la desigualdad y las estructuras de poder. Vincular el amor con la cultura en el contexto del capitalismo avanzado exige, entonces, que comprendamos cómo el amor, al mismo tiempo, une y divide, congrega y separa (Illouz, 1997, p. 6).

El romanticismo mediado por el cine en la década de 1920, la pedagogía del sufrimiento en los *talk shows* de los noventa y la promesa algorítmica del *match* perfecto en la década de 2010 componen, en su lectura, capítulos sucesivos de una misma historia de industrialización del sentir en las sociedades contemporáneas (Illouz, 1997, 2003, 2012).

Por último, también atraviesa toda su obra una crítica persistente al psicologismo individualizante. Desde sus primeros libros, Illouz denuncia que la cultura terapéutica traduce el malestar social en déficits personales y desplaza los conflictos estructurales —de género, clase y reconocimiento— hacia la esfera de la autogestión emocional (Illouz, 2006; Tocino, 2023a). En esta línea, la socióloga es precisa en indicar:

una paradoja extraordinaria: la cultura terapéutica —cuya vocación principal es sanar— debe generar una estructura narrativa en la que el sufrimiento y la victimización definen en realidad al yo. En efecto, la narrativa terapéutica solo funciona concibiendo los acontecimientos vitales como hitos de oportunidades fallidas o frustradas de autodesarrollo. De este modo, la narrativa de la autoayuda se sostiene fundamentalmente en una narrativa del sufrimiento (Illouz, 2008, p. 173).

Esa crítica se torna especialmente punzante cuando analiza la «happycracia», es decir, la obligación de mostrarse resiliente y optimista aun en contextos de precariedad laboral y vital (Cabanas e Illouz, 2019); o cuando advierte que la industria de la autoayuda convierte la fragilidad amorosa en oportunidad de consumo (Illouz, 2012).

La ciencia de la felicidad construye su propuesta de bienestar y de autorrealización personal sobre los mismos relatos terapéuticos de deficiencia, inautenticidad y de no-realización de sí que pretende resolver. Al estar planteada la felicidad como un imperativo y, al mismo tiempo, como un objetivo móvil sin un final claro, produce una nueva variedad de «buscadores de felicidad» y de «happycondríacos», ansiosamente fijados en su mundo interior, continuamente preocupados por corregir sus fallos psicológicos y permanentemente inquietos por su propia transformación y mejora personales (Cabanas e Illouz, 2019, p. 16).

Todas estas continuidades descansan en una estrategia metodológica que tampoco se altera: un bricolaje empírico que combina archivo histórico, análisis textual, de imágenes y audiovisuales, y trabajo de campo, lo que le permite contrastar la misma hipótesis en dominios tan disímiles como la publicidad, la televisión, los manuales corporativos o los testimonios personales. Esa flexibilidad metodológica sostiene la robustez de un vocabulario conceptual que se expande sin perder coherencia: de la «economía política del romance» al «capitalismo emocional», del «capital erótico» a la «estructura política de las emociones». Expresado de otra manera, se puede enfatizar que es gracias a esa arquitectura que la obra de Illouz mantiene una coherencia rara vez conseguida en trayectorias tan extensas: iluminar, desde la sociología, la forma en que el capitalismo avanzado reorganiza la vida afectiva y, ceñida a esa reorganización, la manera en que las emociones reproducen y también problematizan la desigualdad contemporánea.

III.2. Desplazamientos temáticos y conceptuales

Junto con las cuatro continuidades indicadas, la trayectoria intelectual de Eva Illouz y la reconstrucción lógica interna de su obra se entiende mejor si se considera además una serie de desplazamientos sucesivos que, sin quebrar su andamiaje teórico, lo reconfiguran y expanden a nuevas escalas.

El primero de ellos traslada el foco desde las emociones positivas al análisis de la negatividad afectiva (Portevin, 2019; Tocino, 2023c). En *Consuming the Romantic Utopia* (1997), el amor aparecía aún como «utopía cultural» capaz de conferir sentido a la experiencia consumista; sin embargo, a partir de *Why Love Hurts* (2012) la autora se detiene en las relaciones que fracasan; o bien, en aquellas relaciones que no funcionan más, haciendo irrumpir la posibilidad de una ansiedad ante la abundancia de opciones y la falibilidad radical del reconocimiento romántico. El paso de la felicidad prometida al dolor estructurado inaugura una sociología del sufrimiento que ya no puede explicarse mediante déficits individuales,

sino, entre otras cosas, por la asimetría de género en mercados de emparejamiento desregulados:

Lo propiamente moderno en el sufrimiento romántico moderno es: la desregulación de los mercados matrimoniales [...]; la transformación de la arquitectura de la elección de pareja [...]; la importancia abrumadora del amor para la constitución de un sentido social de valía [...]; la racionalización de la pasión [...]; y las formas en que se despliega la imaginación romántica (Illouz, 2012, pp. 16-17).

Ese giro hacia la negatividad se acompaña de un desplazamiento de lo privado a lo político. Los mismos mecanismos que organizan la intimidad —mercados, algoritmos, retóricas terapéuticas— configuran también la pertenencia colectiva cuando el malestar deja de narrarse como «drama de pareja» y se reinscribe en lenguajes de agravio público. *The Emotional Life of Populism* (Illouz, 2023) demuestra que el resentimiento, la vergüenza y la humillación articulan la identidad de grupo y la movilización electoral; el «pueblo» emerge, así, como sujeto afectivo herido que exige reparación ante élites que lo han desposeído de reconocimiento, y que puede ser conquistado emocionalmente, por ejemplo, mediante un recurso nostálgico al pasado. Todas estas palabras contienen una referencia a la promesa agri dulce de un retorno al pasado. La nostalgia es un elixir político, dice Illouz: «El sentido de pérdida y el duelo, unidos al recuerdo fantasmático de la grandeza pasada, impulsan a las personas a actuar para recuperar aquello de lo que sienten haber sido privadas» (Illouz, 2023, p. 226). Lo que originalmente era un «capitalismo emocional» circunscrito a la familia o al trabajo se convierte en matriz de un conflicto político-moral que atraviesa la esfera pública (Poder y Persson, 2023).

En paralelo se produce un tránsito desde el consumo cultural hasta la regulación institucional. Los análisis tempranos de la publicidad, el cine o los *talk shows* mostraban cómo la industria cultural codificaba el deseo (Illouz, 1997; 2003). Dos décadas después, *Emotions as Commodities* (2017) y *Manufacturing Happy Citizens* (Cabanas e Illouz, 2019) revelan que la gestión de los afectos migra al plano corporativo y estatal: manuales de inteligencia emocional, indicadores de bienestar, programas de resiliencia escolar o protocolos de *mindfulness* corporativo normalizan un gobierno de las almas que ya no depende del acto individual de comprar, sino de dispositivos burocráticos que miden, comparan y corrigen nuestra temperatura sentimental. «Ser Feliz se ha convertido en la nueva normalidad» (Cabanas e Illouz, 2019, p. 203). La emotividad se convierte, en términos de la autora, en un «recurso de gestión» con valor de cambio en organizaciones que exigen productividad afectiva y muestran la felicidad como Indicador Clave de Desempeño (en inglés KPI).

Ese mismo movimiento arrastra el proyecto de Illouz de la descripción a la crítica normativa. Cabe señalar que sus primeras obras reconstruyen genealogías culturales con pretensión analítica —y que responden a la cuestión de cómo se fabrica la utopía romántica—; también que los textos de la última década formulan un juicio explícito sobre las condiciones que hacen posible ese sufrimiento. Ello se expresa de manera indirecta cuando se pone el foco en la cuestión del sufrimiento, revisado anteriormente.

El florecimiento es, en efecto, un buen ejemplo de cómo la felicidad genera sus propias formas de sufrimiento, como hemos analizado en otro lugar... Los individuos pueden sentirse abrumados por este imperativo, interpretando y evaluando obsesivamente todo lo que hacen, piensan y sienten como valioso únicamente en la medida en que contribuya a su propio florecimiento (Cabanas e Illouz, 2019, p. 190).

Igualmente, *Hard-Core Romance* (Illouz, 2014) ya cuestionaba la estética pornográfica que hiere la reciprocidad; *Explosive Emotions* (Illouz, 2026) avanza un paso más al diagnosticar el colapso de marcos normativos capaces de contener la violencia simbólica del mercado y de las instituciones. La autora problematiza el mandato de la autoayuda —bajo la lógica de que si se sufre es por déficits de autogestión— y propone recuperar categorías de injusticia y responsabilidad colectiva para pensar la ética del cuidado en democracias afectivamente fragmentadas.

Finalmente, se evidencia un deslizamiento de la racionalización a la disolución estructural. En *Cold Intimacies* (2006) Illouz describía la racionalización afectiva como jaula que ordena el deseo mediante cálculo y transparencia; *Explosive Emotions* (2026) sugiere que incluso esa racionalidad se ha resquebrajado: instituciones, algoritmos y públicos compiten por imponer gramáticas inconmensurables, generando un paisaje de negatividad sin síntesis donde la emoción ya no estabiliza la vida social, sino que testimonia su fractura. Se cree que este mismo desplazamiento se visualiza e ilustra desde la ira populista, la precariedad sentimental y la ansiedad terapéutica en tanto irrumpe una modernidad que explota en múltiples tensiones irresueltas y vuelve patente la necesidad —planteada ahora en clave normativa— de imaginar nuevas formas de cohesión afectiva.

Este diagnóstico de una negatividad sin síntesis —esto es, un excedente afectivo negativo producido por la modernidad capitalista que no logra estabilizarse en marcos normativos ni institucionales capaces de metabolizarlo— puede leerse en convergencia con la tesis de Peter Sloterdijk (2006) sobre la erosión de los dispositivos históricos de acumulación y conducción de la ira. En contextos donde las instituciones, los relatos políticos y los lenguajes morales dejan de operar

como «bancos» de afecto, la ira y el resentimiento tienden a circular de forma dispersa, episódica y poco traducible, y reaparecen como cinismo, polarización afectiva o estallidos de alta intensidad emocional sin conducción normativa. En este sentido, la negatividad sin síntesis no nombra meramente emociones negativas, sino un fallo estructural de mediación, coherente con la idea de una modernidad afectiva que produce intensificación emocional al mismo tiempo que debilita sus mecanismos de integración.

En conjunto, lo que se pretende sostener es que entre las continuidades y estos desplazamientos descritos, se evidencia un avance continuo desde la intimidad mediada por el consumo hacia una teoría sociopolítica de la emoción que diagnostica el malestar contemporáneo como fenómeno estructural: el amor duele, la felicidad se legisla, el resentimiento vota. Entonces, sin abandonar su matriz original en tanto continuidad —el entrelazamiento de estructura, cultura y subjetividad— Illouz amplía a través de estos desplazamientos el radio de su crítica: muestra que la vida emocional no solo reproduce el orden capitalista, sino que también desnuda sus fracturas, se hace parte constitutiva de crisis personales y colectivas, y ofrece un campo privilegiado para interrogarlas.

III.3 La estructura teórico-sociológica del programa de investigación de Illouz

La clave de arco que mantiene unido el edificio analítico de la autora es la idea —formulada ya en *Consuming the Romantic Utopia* (Illouz, 1997)— de que las emociones son fenómenos colectivos, históricamente configurados y estratificados por clase y género. Pero, a partir de esa premisa, Illouz compone una sintaxis conceptual que combina varias herencias y andamiajes teóricos que se pueden identificar para sostener una teoría sociopolítica de las emociones.

En el primer movimiento, Illouz demuestra que cada giro del capitalismo deja una huella sensible inconfundible. Cuando la mercancía irrumpe en la vida íntima, el amor se estetiza y se convierte en «utopía consumista», alimentada por el cine, la publicidad y la industria turística (Illouz, 1997). Al desplazarse el trabajo hacia la economía de servicios, las empresas descubren que la coherencia emocional —simpatía, resiliencia, entusiasmo— puede medirse, certificarse y traducirse en productividad: surge así el capitalismo emocional, un régimen en el que sentir es parte de la prestación laboral (Illouz, 2006, 2008). Con la financiarización y el auge de las plataformas, la lógica de mercado penetra incluso en el emparejamiento: algoritmos, *likes* y *swipes* convierten la búsqueda amorosa en un mercado hipercompetitivo donde el atractivo corporal y la pericia sexual

funcionan como capital sexual, convertible en estatus y renta (Kaplan e Illouz, 2022).

El capitalismo emocional es una cultura en la que los discursos y las prácticas emocionales y económicas se configuran mutuamente, produciendo así lo que considero un amplio y vasto movimiento en el que el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional —especialmente la de las clases medias— sigue la lógica de las relaciones y el intercambio económicos (Illouz, 2006, p. 14).

Cada fase de la acumulación capitalista, sugiere la autora, fabrica un orden afectivo que racionaliza la cooperación, legitima la desigualdad o cataliza la protesta.

En este primer movimiento, en particular mediante el concepto de capital sexual, se identifica en segundo lugar la influencia de Bourdieu (Tocino, 2023c). El hilo macrohistórico relativo al vínculo entre capitalismo y subjetividad, al que nos referimos aquí, adquiere aún mayor densidad explicativa cuando se combina con la gramática de campos, capitales y *habitus* de Bourdieu, y junto a ello, con la cuestión de la desigualdad. Al trasladar ese instrumental a la esfera del sentir, Illouz demuestra que existe un capital emocional —habilidades de empatía, autoconocimiento, regulación del tono afectivo— cuyo valor depende de la posición ocupada en redes laborales, educativas y sexuales (Illouz, 2008). Illouz conecta con la teoría del capitalismo conexionista de Luc Boltanski y Ève Chiapello (1999) al indicar que: «Las emociones se han convertido en una forma de capital porque el establecimiento de relaciones sociales es central en el capitalismo conexionista» (Illouz, 2008, p. 216). La misma lógica regresa en *Why Love Hurts* (Illouz, 2012), donde se muestra que el dolor amoroso no es producto de una carencia intrapsíquica, sino de la distribución desigual de recursos eróticos y oportunidades de compromiso en un mercado sobrerregulado por género y clase. Las emociones, pues, se truecan y se acumulan como cualquier otro capital: quienes poseen una dotación inicial alta —belleza normativa, aplomo emocional, seguridad económica— multiplican sus ventajas; quienes no, se ven atrapados en la precariedad sentimental.

Cabe precisar aquí el estatuto de la noción de capital en Illouz. La autora no desarrolla una teoría general de los capitales en sentido fuerte; sin embargo, la noción opera explícita y analíticamente como un operador relacional para describir procesos de valorización, clasificación y conmensuración de disposiciones afectivo-corporales en el capitalismo contemporáneo. En particular, en su análisis de la cultura terapéutica y organizacional, Illouz formula el capital emocional como un tipo de

capital simbólico socialmente legitimado, cuyo rendimiento depende de infraestructuras expertas (por ejemplo, tests de personalidad e inteligencia emocional) capaces de traducir competencias afectivas en valor profesional y autoridad social. Este uso se deja leer en continuidad con la gramática bourdieusiana (capital-campo-*habitus*) y con la intuición del capitalismo conexionista de Boltanski y Chiapello (1999): allí donde el establecimiento de relaciones se vuelve un recurso central, las competencias afectivas adquieren valor diferencial. Esto marca un aspecto diferenciador en la obra de Illouz: no solo se trata de «trabajo emocional» en ocupaciones de servicio, sino de una estratificación de recursos afectivos bajo dispositivos de gestión, mercado y experticia.

Lo anterior puede evidenciarse en las derivaciones de la noción de capital en la obra de Illouz. Un análisis de la noción de capital emocional permite definirlo como el conjunto de disposiciones y competencias relativas al autocontrol, la expresividad regulada, la empatía y la reflexividad, que se acumulan mediante socialización y entrenamiento institucional (terapéutico/organizacional) y pueden convertirse en ventajas en campos laborales y relacionales cuando existen dispositivos que las certifican y las vuelven comparables (por ejemplo, pruebas y lenguajes expertos). El capital erótico funciona en este recorrido como antecedente descriptivo del capital sexual, aunque ambas nociones no poseen el mismo grado de formalización conceptual. En *Why Love Hurts* (Illouz, 2012) la referencia a recursos eróticos opera como noción descriptiva para capturar la valorización social del atractivo y la deseabilidad en mercados íntimos; esta intuición es formalizada ulteriormente por Kaplan e Illouz (2022) como capital sexual, definido como los retornos posibles de invertir en la construcción y mejora del «yo sexual», con formas históricas diferenciadas (por ejemplo, castidad como reputación convertible, plusvalor corporal, capital encarnado y capital sexual neoliberal) y con capacidad de convertibilidad más allá de la intimidad (estatus, distinción, ventajas sociales). Hablamos en este artículo de capitales afectivos para nombrar la familia de capitales cuyo soporte principal son recursos afectivo-corporales (incluyendo capital emocional y capital sexual), sin presuponer sinonimia ni conversión automática entre ellos: las conversiones son campo-dependientes, institucionalmente mediadas y atraviesan desigualdades de clase y género.

A lo ya señalado, esta potencia crítica de la obra de Illouz se alimenta igualmente de una tercera influencia: la genealogía foucaultiana (Chow y Sarfan, 2022; Portevin, 2019). Desde *Cold Intimacies*, Illouz (2006) insiste en que no existe una emoción prístina previa a la intervención social, un mundo de emociones y relaciones afectivas ajeno al sistema y al mercado, y que este contaminaría. Frente a esta figura conceptual, muy

presente en la primera Escuela de Frankfurt, Illouz afirma que la expresión de las emociones es posibilitada por el orden cultural y económico. Este se compone en la trama de discursos, saberes y técnicas que Foucault denominó dispositivos, lo cual ha sido clave para comprender no solo los mecanismos de captura del poder, sino también los procesos de subjetivación en las sociedades contemporáneas, actualmente hiperpsicologizadas. De hecho, las pruebas psicométricas de inteligencia emocional, los manuales de autoayuda, las métricas de bienestar o los filtros algorítmicos no descubren una verdad interior: la producen, y al producirla definen también los umbrales de normalidad y desviación, así como los mecanismos para abordar terapéuticamente esta última (Illouz, 2006, 2008).

Con lo anterior, se comprende mejor la culturalización televisiva del sufrimiento en *Oprah Winfrey and the Glamour of Misery* (Illouz, 2003), la cual no debe ser leída en primer lugar como expresión espontánea de dolor, sino como puesta en escena terapéutica y estandarizada que ordena jerarquías de compasión, otorga autoridad y convalida la privatización del malestar. El sufrimiento también es reabsorbido en clave productivo terapéutica:

El discurso terapéutico atrapa al yo en la misma paradoja que se encuentra en el corazón de las identidades modernas: para llevar vidas libres de dolor, se nos convoca a comprendernos a nosotros mismos a través de las categorías del dolor y del trauma biográfico. Al mismo tiempo que nos ordena extirpar el sufrimiento de nuestras vidas, el discurso terapéutico utiliza la categoría de «dolor psíquico» como el dispositivo narrativo clave para dar sentido al yo (Illouz, 2003, p. 118).

La perspectiva foucaultiana se refuerza cuando la autora analiza la «felicidad obligatoria» que prolifera en manuales corporativos, políticas públicas y aplicaciones móviles (Illouz, 2017; Cabanas e Illouz, 2019). La llamada *happycracia* gobierna no solo las conductas, sino los estados anímicos: quien no exhibe ánimo positivo incurre en falta moral y se vuelve sospechoso de improductividad.

Sin embargo, Illouz se aleja aquí de la imagen de un poder omnipotente, ya que las emociones pueden desbordar los dispositivos que las fabrican. Por ello, en cuarto lugar la autora dialoga con William James y John Dewey: el afecto orienta la práctica cuando las normas se resquebrajan y la reapropiación racional resulta insuficiente. *The End of Love* (Illouz, 2019) muestra que la precariedad relacional desemboca en relaciones negativas —vínculos sin relato, sin promesa y, por tanto, sin posibilidad de elaboración simbólica— que generan una suerte de sinsentido,

desorientación anómica, ansiedad y cinismo difíciles de capitalizar. La desinstitucionalización de las relaciones íntimas deja al sujeto no solo en precariedad relacional, sino también sin marcos simbólicos de orientación normativa.

Si el neoliberalismo ha implicado notoriamente un ocaso de la normatividad en las transacciones económicas (transformando las instituciones públicas en organizaciones orientadas al lucro y convirtiendo el interés propio en la epistemología natural del actor), no hay razón para no preguntarse si la libertad sexual no tiene efectos similares en las relaciones íntimas; es decir, si no marcan un ocaso de la normatividad al naturalizar el placer centrado en uno mismo e instituir la competencia sexual y la acumulación sexual, dejando así las relaciones sin regulación por códigos morales y éticos (Illouz, 2019, p. 13).

En clave durkheimiana, hay ahí una suerte de desperdicio sistémico producido por las emociones a nivel de la subjetividad. Condiciones estructurales se expresan en desorientación normativa a nivel subjetivo. En este sentido, las emociones, como el amor, vienen a ser parte de un estado patológico normalizado en el exceso y la desregulación del deseo en lógicas institucionales (Carter y Smith, 2025). Por ello, si se sigue una escala macropolítica, *The Emotional Life of Populism* (Illouz, 2023) interpreta el resentimiento, el asco y el miedo como estructuras afectivas que, al modo de átomos libres, pueden ser reagrupados y movilizados en el marco de una estructura emocional populista, capaces de traducir la experiencia de desposesión en acción colectiva. «Miedo, asco y resentimiento forman la poderosa matriz emocional», señala Illouz (2023, p. 135).

En este sentido, se constituye un último eslabón teórico de la cadena —muy bien representado en *Explosive Emotions* (Illouz, 2026)— que lleva el modelo conceptual a su límite. Tras un siglo de racionalización afectiva, la modernidad tardía exhibe fracturas normativas que ni el mercado ni el discurso terapéutico consiguen suturar y funcionalizar, tornando explosiva la emocionalidad subjetiva.

He definido esta fase de la modernidad como «explosiva» [...] porque muchas de las principales características institucionales de la modernidad han entrado en conflicto entre sí, creando profundas tensiones y contradicciones en el individuo. [...] Nunca antes en la historia las instituciones políticas, culturales y económicas habían estimulado de manera tan sistemática la emotividad (Illouz, 2026, p. 28).

Se excita aquello que no se puede capitalizar y resiste como un resto, como un residuo, que termina siendo un contenido explosivo. Se trata de

emociones producidas sistémicamente, pero no reapropiables por el sistema. Sin duda, algo de aquello es lo que se ve en los procesos políticos y sociales en las democracias actuales con el auge de los populismos de ultraderecha del que no se exime el sur global y, específicamente, América Latina. Si bien la gubernamentalidad neoliberal sutilmente gobierna los espacios afectivos, y la teoría sociopolítica de Illouz lo reafirma, a su vez no existe un intento reduccionista en estos modos de gobiernos psicopolíticos; dado que la producción emocional negativa no es asimilable del todo por el sistema, también en este tipo de gobierno emocional se convive sin contradicciones con los dispositivos disciplinares y punitivos. Serían varios los países latinoamericanos que se podrían describir bajo esta lógica y este análisis en los últimos años (Tocino, 2023a).

En este sentido, son precisamente esas emociones negativas, difíciles de reapropiar y leer en clave productivista, las que alimentan una política no constructiva. Las promesas incumplidas alimentan una negatividad sin síntesis: la ira, la envidia y la desesperanza circulan sin cauce integrador, y la política se polariza en torno a agravios irreconciliables, cuestión que también entrega claves de lecturas para pensar nuestros desafíos sociopolíticos en América Latina. El diagnóstico es sombrío, pero cumple la función de devolver a la sociología la tarea de explicar por qué la vida emocional se ha convertido en campo privilegiado de conflicto social.

Finalizando con una imagen de conjunto, el recorrido anterior señala que el dispositivo teórico de Illouz articula cuatro niveles que se retroalimentan: la producción estructural (mercantilización de nuevas esferas), los capitales y *habitus* emocionales (desigualdades encarnadas), los dispositivos de gobierno (psicologización, métricas, algoritmos) y las tensiones normativas (anomia, resentimiento, colapso). Con esta arquitectura, la socióloga logra leer la estetización del romance de los años veinte y la ira populista contemporánea como fases de una misma modernidad afectiva, un proceso en el que las emociones son, simultáneamente, engranaje de dominación y sismógrafo de las grietas del capitalismo avanzado. El resultado se puede señalar sin vacilaciones; es un programa de «sociología estructural de las emociones» que sitúa el sentir en el corazón de la teoría social, que hace recordar que mirar al amor, a la felicidad o al resentimiento es, en última instancia, mirar al poder.

IV. Conclusión: unidad en la transformación

El análisis realizado permite afirmar que la obra de Illouz constituye hoy uno de los intentos más sistemáticos y fecundos por inscribir la vida emocional en el centro de la teoría social. Al seguir el arco que va de la

«utopía romántica» al «resentimiento populista», hemos demostrado que la autora levanta un edificio analítico asentado en cuatro pilares: la mercantilización progresiva de la sensibilidad, la estratificación de los capitales afectivos, la gubernamentalidad afectiva, y la emergencia de una negatividad estructural que desborda los dispositivos de integración, lo que permite construir una batería conceptual y práctica para pensar los procesos sociales, culturales y políticos actuales.

En primer lugar, la mercantilización afectiva aparece como proceso histórico longitudinal. Desde el momento en que la publicidad cinematográfica asocia el romance a los rituales de consumo (Illouz, 1997) hasta el tiempo en que las aplicaciones de citas convierten la atracción en dato algorítmico (Kaplan e Illouz, 2022), las emociones son traducidas en valores de cambio que legitiman tanto la expansión del mercado como la renovación de sus promesas. El itinerario confirma que cada nueva frontera de mercantilización exige, y a la vez produce, un régimen sensible acorde a sus necesidades de circulación y acumulación.

En segundo lugar, la autora introduce el problema de la desigualdad afectiva mediante las nociones de capital emocional y sexual. Estos capitales se acumulan y se convierten igual que los económicos o culturales, lo que reproduce jerarquías de clase y género en mercados laborales y sexuales (Illouz, 2008, 2012). Con ello, la sociología de las emociones deja de ser mera hermenéutica de la experiencia y se convierte en estudio de la distribución diferenciada de los recursos sensibles, ya que otorga al cuerpo y la sexualidad la capacidad de revelar la estructura social.

En tercer lugar, los puntos anteriores señalan que, en la obra de Illouz, el capitalismo tardío se sostiene sobre una gubernamentalidad afectiva asentada en discursos terapéuticos, métricas de bienestar y tecnologías de autoevaluación. La «happycracia» convierte la felicidad en KPI moral, responsabiliza al individuo por su desdicha y transforma el sufrimiento en fallo de autogestión (Cabanas e Illouz, 2019). A diferencia de la lectura foucaultiana clásica, Illouz subraya la dupla ambivalencia-excedente: los sujetos pueden interiorizar el mandato de resiliencia, pero las emociones que el dispositivo fabrica —ansiedad, cinismo— acaban filtrándose como testimonio de la grieta social (Illouz, 2008, 2017).

En este sentido, y quizá de modo más inquietante, la obra culmina en la descripción de una negatividad sin síntesis. La modernidad ya no ofrece relatos de integración capaces de metabolizar la ira, el asco o la vergüenza que genera la promesa incumplida de igualdad (Illouz, 2026). De ahí que el resentimiento se configure como emoción política por excelencia, apta para articular coaliciones populistas que hacen de la afectividad herida su

reserva moral (Illouz, 2023). La sociología resulta interpelada a pensar lo afectivo no solo como engranaje de dominación, sino como síntoma de las fracturas que amenazan con desbordar el orden democrático.

Para que la noción de negatividad sin síntesis no permanezca solo como diagnóstico programático, puede ser abordada empíricamente como un patrón observable que combina la intensificación de afectos negativos con el debilitamiento de sus mediaciones institucionales. De manera tentativa, ello puede rastrearse mediante alzas persistentes de polarización afectiva y desconfianza institucional, olas recurrentes de indignación y resentimiento con baja sedimentación organizativa, así como también la extensión de gramáticas terapéuticas de autogestión del malestar junto con cinismo y desesperanza como afectos de fondo.

Estos cuatro elementos conclusivos convergen en lo que se señaló como una teoría crítica de la modernidad afectiva; ella desplaza la pregunta clásica por la racionalidad instrumental hacia una que apunta a la racionalidad sensible. Illouz muestra que no hay exterior prístino al capitalismo: las emociones que experimentamos son, ellas mismas, productos de su historia. Sin embargo, al detectar los momentos en que la maquinaria se resquebraja —el sufrimiento amoroso, la precariedad relacional, la tristeza medicadamente feliz, la rabia populista— la autora reactualiza la ambición ilustrada de someter el orden social a examen, ahora desde el laboratorio de la intimidad.

Por último, es relevante señalar, en términos programáticos, que la sociología gana con su propuesta al menos tres caminos de investigación. Primero, y tal como se señaló someramente más arriba, la posibilidad de desplegar estudios comparativos de regímenes afectivos poscoloniales o del sur global (que obviamente incluye a Latinoamérica), donde la mercantilización y la gubernamentalidad emocional adoptan modulaciones particulares que aún escapan a la literatura dominante. Segundo, el análisis longitudinal de plataformas digitales como infraestructuras emocionales que ensamblan datos biométricos, algoritmos de recomendación y narrativas de bienestar para producir valor financiero y formas inéditas de estratificación. Tercero, la exploración de contradispositivos —movimientos feministas, colectividades del cuidado, imaginarios posrecimiento— que movilizan la negatividad estructural hacia proyectos de reparación relacional y transformación normativa.

Desde una perspectiva programática, esta reconstrucción abre una vía de investigación comparativa particularmente relevante para América Latina. Allí, la mercantilización de los afectos, los dispositivos de autogestión emocional y la producción de negatividad no integrable operan bajo condiciones de desigualdad persistente y mediaciones

institucionales frágiles, lo que invita a examinar cómo los mecanismos descritos por Illouz se reconfiguran en contextos poscoloniales y de alta conflictividad social. En este marco, los estudios latinoamericanos sobre afectos, cultura y violencia ofrecen un acervo empírico y conceptual decisivo para explorar la variabilidad histórica y regional del capitalismo emocional, así como para indagar si —y cómo— la negatividad sin síntesis adopta formas específicas en la vida política y social de la región (Polit Dueñas, 2023).

En síntesis, la contribución de este artículo ha consistido en proponer un marco de lectura integrador: la matriz estructura-cultura-subjetividad como clave explicativa transversal; la secuencia intimidad, instituciones y política como expansión coherente del objeto investigativo de Illouz; y, así también, la negatividad sin síntesis como nombre del resto afectivo que desborda los dispositivos de gobierno, lo que se vuelve un indicador crítico de fractura social. Con ello, el texto vuelve comparables objetos empíricos heterogéneos (amor, sufrimiento, felicidad, sexualidad, populismo) y clarifica el rendimiento crítico del programa de Illouz para pensar la crisis afectiva contemporánea.

Que el amor se compre, la felicidad se legisle y la ira se vote no es, en la lectura de Illouz, una perversión accidental de la modernidad, sino la huella de su lógica expansiva y de sus límites internos. Reconocerlo supone para la sociología extender su mirada más allá de la ley y del dinero, atendiendo a la textura de los afectos que, a la vez, naturalizan y cuestionan el mundo común. Esa es, en última instancia, la lección que este recorrido deja: toda emoción es política y toda política se juega también en el registro del sentir.

Contribución de autoría

Mauro Basaure participó en las fases de conceptualización, análisis de datos, adquisición de fondos, investigación, metodología, supervisión, redacción del borrador original, y redacción, revisión y edición.

Borja Castro-Serrano participó en las fases de conceptualización, análisis formal, metodología, supervisión, y redacción, revisión y edición.

Stéphanie Alenda participó en las fases de conceptualización, y redacción, revisión y edición.

Fuente de financiamiento

Fondecyt Regular 1231922, ANID, Chile; Núcleo Milenio NCS2024_065 «Crisis políticas en América Latina (CRISPOL)», ANID, Chile; COES ANID/FONDAP/1523A0005.

Potenciales conflictos de interés

Ninguno.

Declaración de uso de IA

Los autores indican que no se usó ningún tipo de IA en este texto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Boltanski, L. y Chiapello, È. (1999). *Le nouvel esprit du capitalisme*. Gallimard.
- Cabanas, E. e Illouz, E. (2019). *Manufacturing happy citizens. How the science and industry of happiness control our lives*. Polity Press.
- Caiazzo, F. (2022). La temporalité de l'expérience amoureuse moderne à partir des apports d'Eva Illouz. *Meditazioni sull'amore*, 9, 103-116. <https://ojs.unito.it/index.php/philosophykitchen/article/view/6771>
- Carter, J. y Smith, D. (2025). Romantic suffering and morality: Love for Illouz (pp. 254-264). En E. Bevilacqua, M. Longo y M. Hviid Jacobsen (eds.), *Love and Sexuality in Social Theory*. Routledge.
- Chow, R. y Sarfan, A. (2022). Notes on the Concept of Hyper-Subjectivity—Foucault, Lacan, Illouz. *Continental Thought & Theory: A Journal of Intellectual Freedom*, 3(4), 7-28. <http://dx.doi.org/10.26021/13015>
- Clough, P. T. y Halley, J. (Eds.). (2007). *The affective turn. Theorizing the social*. Duke University Press.
- Davies, W. (2016). *La industria de la felicidad. Cómo el gobierno y las grandes empresas nos vendieron el bienestar*. Malpaso.
- Furedi, F. (2004). *Therapy culture. Cultivating vulnerability in an uncertain age*. Routledge.
- Gregoratto, F. (2020). Love and the (Wrong) World. Adorno and Illouz on an Ambivalent Relation. *Journal of Social Philosophy*, 52, 72-91. <https://doi.org/10.1111/josp.12345>
- Han, B.-C. (2017). *Psychopolitics: Neoliberalism and new technologies of power*. Verso Books.
- Hochschild, A. R. (1983). *The managed heart. Commercialization of human feeling*. University of California Press.
- Illouz, E. (1997). *Consuming the romantic utopia. Love and the cultural contradictions of capitalism*. University of California Press.
- Illouz, E. (2003). *Oprah Winfrey and the glamour of misery. An essay on popular culture*. Columbia University Press.
- Illouz, E. (2006). *Cold intimacies. The making of emotional capitalism*. Polity Press.
- Illouz, E. (2008). *Saving the modern soul. Therapy, emotions, and the culture of self-help*. University of California Press.
- Illouz, E. (2012). *Why love hurts. A sociological explanation*. Polity Press.
- Illouz, E. (2014). *Hard-core romance. Fifty Shades of Grey, best-sellers, and society*. University of Chicago Press.

Illouz, E. (Ed). (2017). *Emotions as commodities. Capitalism, consumption and authenticity*. Routledge.

Illouz, E. (2019). *The end of love. A sociology of negative relations*. Oxford University Press.

Illouz, E. (2023). *The Emotional Life of Populism. How Fear, Disgust, Resentment, and Love Undermine Democracy*. Polity.

Illouz, E. (2026). *Explosive Emotions. How Modern Society Shapes What We Feel*. Princeton University Press.

Kaplan, D. e Illouz, E. (2022). *What is Sexual Capital?* Polity Press.

López, O. y Enríquez, M. del R. (Coords.). (2023). *Dimensión emocional. Abordajes analíticos y exploraciones empíricas socioantropológicas e historiográficas*. ITESO y Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Moraña, M. y Sánchez, I. M. (Eds.). (2012). *El lenguaje de las emociones. Afecto y cultura en América Latina*. Iberoamericana Vervuert.

Poder, P. y Persson, M. (2023). Populism's four driving emotions, and how to cultivate emotions supporting democracy: An interview with Eva Illouz. *Sociologisk Forskning*, 60(2), 161-176. <https://doi.org/10.37062/sf.60.25491>

Polit, G. (2023). Testigos no deseados. Periodistas y conflicto en América Latina. Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Portevin, C. (2019). Por qué se acaba el amor: Entrevista con Eva Illouz. *La Maleta de Portbou*, 35, 80-85.

Sloterdijk, P. (2006). *Zorn und Zeit. Politisch-psychologischer Versuch*. Suhrkamp.

Tocino, M. (2023a). *El capitalismo emocional. De Eva Illouz a los teóricos del biocapitalismo*. Dykinson.

Tocino, M. (2023b). El «capitalismo emocional» en Eva Illouz: Un análisis transversal del concepto y sus ambivalencias. *Revista de Filosofía*, 48(2), 427-442. <https://doi.org/10.5209/resf.79203>

Tocino, M. (2023c). La «dominación emocional» como violencia simbólica: una lectura illouziana de Bourdieu. *Aporía. Revista Internacional De Investigaciones Filosóficas*, (4, especial), 7-20. <https://doi.org/10.7764/aporia.4.64449>

Mauro Basaure es profesor titular de Sociología en la Universidad Andrés Bello, director del Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual e investigador principal del Núcleo Milenio CRISPOL. Doctor en Filosofía y Ciencias de la Historia por la Universidad Goethe de Fráncfort, y sociólogo

y magister en Filosofía de la Universidad de Chile. Investiga teoría social, violencia política, mérito y desigualdad.

Borja Castro-Serrano es profesor titular en la Universidad Andrés Bello, miembro del claustro del Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual, y Humanidades Aplicadas. Doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia, y psicólogo y magister en Filosofía por la Universidad de Chile. Investiga la alteridad y sus relaciones entre ética y política en el pensamiento francés y su recepción latinoamericana. Actualmente dirige el proyecto FONDECYT/ANID Regular n.º 1260238 (2026-2029) como IR.

Stéphanie Alenda es profesora titular de Sociología en la Universidad Andrés Bello, directora de Investigación, y directora del Núcleo Milenio sobre Crisis Políticas en América Latina (CRISPOL). Doctora en Sociología de la Universidad de Lille 1, magíster en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS), y posdoctora del Ministerio de Relaciones Exteriores francés. Investiga las recomposiciones partidistas, los estilos de liderazgo político y nuevos radicalismos en Latinoamérica, así como las derechas contemporáneas.

Recepción: 15/9/2025

Aceptación: 20/3/2026